

Una empresa vivificada con harina de almendra

Por Carlos Barrio

*“... la eucaristía ... es el modelo de toda transformación.
La transformación eucarística es el ‘tipo’ de todo
progreso, es la máxima transformación posible, es
una permanente invitación a todo verdadero progreso.”*
-Enrique Shaw-¹

El 29 de julio pasado falleció mi nieta Francisca (Kika), luego de transitar con mucho dolor, grandeza y santidad, dos años de un cáncer cerebral incurable.

Fueron dos años de una ardua lucha, buscando métodos alternativos para curarla, o esperando que ocurriera un milagro.

En esa batalla, los padres de Kika decidieron evitar por todos los medios que consumiera hidratos de carbono, ya que, según muchos reconocidos médicos y científicos a los que consultaron, los tumores cancerígenos se alimentan de hidratos de carbono que inflaman el cerebro y por lo tanto la perjudicarían.

En medio de esta dura lucha, un obispo amigo me recomendó que le llevara a Kika la eucaristía, como una manera de que Dios estuviera más cerca de ella. Su propuesta me pareció maravillosa, pero me encontré con el inconveniente que, tanto el pan como el vino que se utiliza para la consagración, contienen hidratos de carbono. Es decir que inevitablemente serían perjudiciales para la salud de Kika. Y esto es así, aún en las llamadas hostias para celíacos, que tienen una baja cantidad de gluten, es decir de trigo. “¿Y por qué no hacemos hostias de harina de almendra?”, me dijo mi nuera con una sonrisa que iluminaba su rostro, sintiendo que había encontrado el camino para superar esta limitación.

¡Qué excelente idea! le dije. Y mientras ella se comprometía a cocinarlas, yo llamé a un sacerdote amigo, para pedirle que las consagrara.

Luego de varios días de silencio -que me parecieron una eternidad- mi amigo sacerdote me dijo que no era posible consagrarlas, ya que la Iglesia tenía normas claras y precisas, por las que se exigía que necesariamente debían contener gluten, es decir trigo para que fueran válidas para su consagración.²

¹ Enrique Shaw “... y dominad la tierra”. Mensajes de Enrique Shaw. Ed. ACDE (compilados por Fernán de Elizalde), 2010, pág. 127.

² Ver Declaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe del 19 de junio de 1995 y la Carta circular a los Obispos sobre el pan y el vino para la Eucaristía del 15 de junio de 2017.

Me enojé mucho al no comprender la rigidez de estas disposiciones en una enfermedad terminal como la que estaba atravesando mi nieta. Sentía que la formalidad era más fuerte que la necesidad de mi nieta de estar cerca de Jesús. Sentía que la Iglesia anteponía la forma al fondo. Y me preguntaba ¿qué habría hecho Jesús en estas circunstancias? ¿Acaso hacer hostias de harina de almendra era un capricho o la única posibilidad que tenía mi nieta para comulgar? ¿Cómo negarle la comunión a una niña de 10 años con un cáncer cerebral incurable, a partir de un precepto que carecía de toda flexibilidad? ¿Cómo olvidar que Jesús había multiplicado panes de cebada -no de trigo-, cuando la gente estuvo hambrienta?³ ¿Cómo desconocer que quizás en la Última Cena, en la celebración de la pascua en época de Jesús se utilizaron (como era la costumbre) panes ácimos sin levadura, formados con varios cereales y no sólo con harina de trigo?⁴ ¿Cómo olvidarse que en época de Jesús el pan de trigo lo consumían principalmente los ricos y el de cebada los pobres?

Comprendía que debía existir un precepto para regir algo tan importante como son los elementos que se utilizan para la consagración del cuerpo y la sangre de Cristo, pero al mismo tiempo sentía que el espíritu farisaico estaba flotando en esta rigidez normativa inflexible. ¡Venía una y otra vez a mi memoria el pasaje del Evangelio en el cual Jesús se enojó con los fariseos y les recordó cómo David había comido para alimentarse pan consagrado al culto, dejando de lado la rigidez normativa, por un valor superior como era el hambre!⁵

Al tener las puertas cerradas, una amiga me sugirió que hablara con el padre Diego, quien quizás podría ofrecerme otra perspectiva a esta difícil situación.

Lo llamé, le conté la enfermedad que estaba transitando Kika y le pregunté si podía al menos bendecir las hostias de harina de almendra, no que las consagrara, pero que al menos tuvieran una bendición sacerdotal.

Sus palabras quedaron grabadas a fuego en mi corazón. *“Carlos, te digo muy seria y firmemente, acercame por favor las hostias de harina de almendra, que el domingo las voy a poner en el altar junto a las hostias de harina de trigo, y que sea Dios el que decida. Lo que sí estoy seguro es que Jesús quiere estar muy cerca de Kika.”*

Su respuesta me conmovió y me puse a llorar, como un niño.

³ Jn 6,9

⁴ Muchos historiadores sostienen que en la última cena, el pan que se consumió probablemente era pan ácimo (*matzá*), un pan sin levadura, que podía estar hecho de varios granos, incluyendo trigo y la cebada. El pan de cebada era el que comía la clase pobre. Si una familia comía pan de trigo se consideraba que había alcanzado un lugar preponderante en la escala social.

⁵ Mateo 12:1-8, Marcos 2:23-28 y Lucas 6:1-5

A partir de ese momento comencé a llevarle a Diego todos los domingos las hostias de harina de almendra que cocinábamos, para que las pusiera sobre el altar al momento de la consagración de las hostias de harina de trigo.

Kika empezó a comulgar con la profunda alegría de sentir que Jesús también la estaba acompañando íntimamente en las formas eucarísticas, en ese momento tan doloroso de su vida. Sentí que de alguna manera ella estaba viviendo la parábola del buen samaritano, tirada en el camino, lastimada y herida por su enfermedad terminal, pero acompañada por un buen samaritano que no pasó de largo, supo detenerse, bajarse de su cabalgadura y atender sus heridas, acompañándola con la cercanía de Jesús, en ese momento tan doloroso.

Cada vez que le llevaba la eucaristía y le preguntaba: ¿quieres comulgar?, a lo que me respondía: “*Es mi prioridad*”. No sé de dónde surgió su respuesta, pero supe que el Espíritu Santo la estaba habitando.

Esta pequeña historia de las hostias de harina de almendra me ha dejado una huella profunda en mi vida. Además de unirme íntimamente a mi nieta, me ha llevado a reafirmar la importancia que tiene no dejarse colonizar por formas o situaciones que nos alejan del prójimo y nos hacen insensibles a su dolor. Y descubrí que me siento muy cercano a la Iglesia del buen samaritano, que se acerca y compromete con el doliente, y al mismo tiempo alejado de aquella otra Iglesia representada por el sacerdote y el levita de esta parábola, que pasan de largo frente al caído, por creer que, si lo tocaban, quedaban contaminados y no podrían celebrar el culto.

Hoy me pregunto, ¿qué otras historias de *harina de almendra* se me cruzan en mi vida y el trabajo, que muchas veces, por la incomodidad que me provocan, no me detengo ni quiero observar, ni desviarme de mis planes y objetivos y que quizás podrían abrirme a nuevas posibilidades y despertarme de mi narcisismo y la modorra de rutinas que me estancan en la mediocridad?

¿Cuántas veces genero divisiones en mi trabajo por priorizar formas perimidas que dificultan la llegada de aires nuevos!

¿Acaso no estoy rodeado de *harina de almendra*? ¿Acaso no estoy formado de *harina de almendra* que aún no he descubierto y que forma parte de mis talentos desaprovechados?

¿Acaso quizás también no viva abarrotado de *harina de almendra* guardada y oculta en mi granero, la que por temor no me atrevo a desenterrar y corra el riesgo de que termine poniéndose rancia?

15 de agosto de 2025.-

Fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen María

